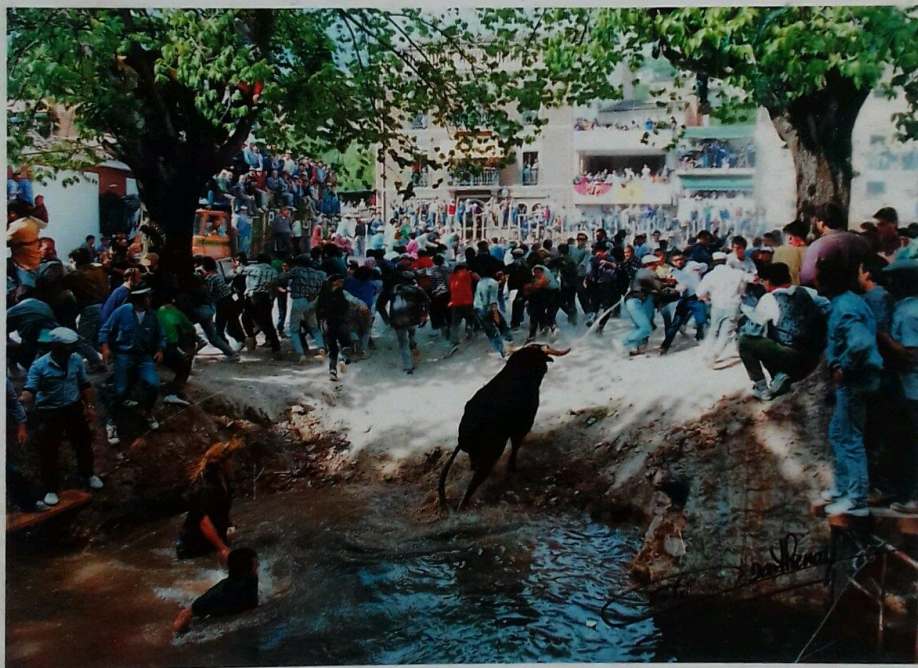




FIESTAS DE PRIMAVERA EN HONOR DE SAN MARCOS



Abril 1991

BEAS DE SEGURA (Jaén)

Tomás Jiménez González



BIOGRAFÍA

Manchego de nacimiento y sanmarquero de corazón, Tomás es conocido como el nieto de la Tía Pepa “la Andraja”, de nombre Josefa Belmonte Ruiz. Su padre, José, fue enviado de joven a la Torre de Juan Abad (Ciudad Real) como dependiente de comercio; allí contrajo matrimonio con una joven manchega y regresó a Beas para abrir tienda propia. El capricho de su madre hizo que Tomás naciera en la Torre de Juan Abad el día 20 de septiembre de 1.921. A los diez días vino a vivir a Beas, donde permaneció hasta los seis años, pues de nuevo el capricho de su madre, y en contra de la voluntad de su padre, hizo que la familia se trasladara a la localidad manchega donde Tomás ha crecido y realizado su vida, lamentando la decisión de su madre y echando siempre de menos a Beas de Segura y a San Marcos.

Tomás no ha faltado nunca a San Marcos, salvo en los años de la Guerra Civil y en los lutos familiares. Ha utilizado todos los medios de transporte, desde el burro al autobús e incluso, en alguna ocasión, tuvo que venir andando desde el cruce de Chiclana, dejándose en el alquitrán parte de las suelas de esparto de sus alpargatas. Es autor de un cartel de San Marcos y de numerosos dibujos alusivos a la fiesta que decoran distintos puntos del recinto sanmarquero y de la imagen del Santo que decora la fachada de la sede de la Hermandad de San Marcos.

PREGÓN

EXORDIO

Mis entrañables amigos:

Iba a empezar diciendo ¡Queridos paisanos y convecinos!, pero un poco por pudorosa honestidad personal, y un tanto por un ápice de legalidad civil, es el caso que no puedo llamarme netamente serreño. Pues aunque mi familia paterna es de aquí, aquí se me engendró y aquí se fue conformando el feto de mi ser, es también muy cierto que fui a nacer en La Mancha (y en contra de mi voluntad... porque mi madre decía que cuando se aposentó a lomos del burro que la llevó a mi pueblo, yo pateaba en su vientre con más violencia que de ordinario, tal cual sienten todas las mujeres grávidas). Era la rabiosa manifestación de mi protesta por verme impotente para poder evitarlo.

Digo que también es muy cierto que, por un antojo o capricho de madre gestante, cuando iba a emerger a la vida tuve que ver la luz primera en La Mancha y me percaté pesaroso de que dicha luz no era la que me hubiera iluminado aquí en Beas, como hubiera sido mi deseo. Allí mamé las primeras gotas de leche y, a los quince días, me retornaron para acá. Y aquí me crié y di los primeros pasos, balbucí las primeras palabras y aprendí las primeras letras en el Colegio de las Madres de la Villa. Y... ya oí los primeros VIVAS a San Marcos y el alegre tintineo de los collares de las reses.

Tenía a la sazón cinco años cuando —siempre lo lamenté y lo sigo lamentando— me tornaron de nuevo a La Mancha, de donde era mi madre, y ya no retorné de nuevo aquí, allí quedé confinado. Dura es la palabra pero ello es así. Ya no retorné aquí sino de vez en vez... y eso sí: todos los años para San Marcos, con los inevitables fallos por lutos o por el paréntesis de nuestra desdichada guerra civil.

Por demás tengo que iniciar mi actuación pidiendo perdón y que sirvan exculpar la audacia que supone elevarme a este estrado, por donde han desfilado personalidades más selectas y cualificadas que mi humilde persona, ya que tengo la agravante en mi disfavor de no tener estudios superiores, ni títulos académicos ni universitarios de ningún tipo, pues yo soy un anodino y simple autodidacta que se ha afanado en adquirir unos leves visos de cultura e ilustración robándole horas al sueño o al ocio.

Por supuesto que tendré que expresarme con toda lisura y llaneza, no exentas de simplicidad y de un cierto candor en el estilo literario. Yo no puedo echar mano de palabras escogidas ni conceptos altisonantes, donde la disertación sobre la expresión de mis ideas resultare brillante o suficientemente digna para salir un tanto airoso de este trance. Ello es como una poderosa palanca que sólo pueden manejarla los más preparados y competentes. A ello me empuja, a ello me impulsa el gran amor y predilección que siento por este pueblo y por esta entrañable fiesta tan suya y tan de todos. Ya que las ideas fijas

tienen la roedora tenacidad que en similitud tienen las enfermedades incurables, una vez aposentadas en el alma la devoran poco a poco, sin dejar tregua para pensar en otra cosa ni interesarse por cualquier otro concepto que no sea el obsesivo afán del San Marcos y su Fiesta Inmortal.

Cierto es también que me considero un tanto impotente para osar expresar, siquiera de un manera sucinta, la magnificencia de tanta maravilla encerrada en tan breve espacio. Mas el que os pregona piensa que los sentidos del hombre se hicieron para ver y sentir.... para pensar y admirar. Porque el entusiasmo es la levadura que hace subir la masa de la esperanza hasta alturas insospechables. Es el irresistible empuje de la voluntad, el tesón y la energía para ejecutar las ideas. Los entusiastas son luchadores, tienen entereza de ánimo, poseen cualidades permanentes y ven que el entusiasmo está en la base de toda progresividad, de todo avance, de todas las metas. Con el entusiasmo hay logros y sin él solo hay pretextos. Y los entusiastas ideales que han iluminado mi camino sanmarquero una y otra vez me han infundido valor para enfrentarme a esta vivencia con temple de ánimo, arrojo, decisión y valentía.

¡Oiga amigo!, que son muchas las maneras de dar el capotazo y hacerle un quite al toro: ya que el que no arriesga no destaca; el que no destaca no triunfa; el que no triunfa no paladea... no sabe; el que no sabe no conoce; el que no conoce no puede comparar y el que no compara no puede gozar de poca cosa más que de la simpleza de su ignorancia y de su falta de decisión.

Así pues, los muchos errores, endebles y disonancias que de seguro habrán de captar en mi disertación, también se servirán exculparlos, siquiera sea por la enorme dosis de tesón, ilusión y buena voluntad que en ello voy a poner, más buena voluntad que pericia. Y finalizado este exordio pasemos sin más detenimiento a pronunciar este Pregón Sanmarquero de 1.991.

PREGÓN

Si se pudieran, que se pueden, instalar unos cuantos centenares de micrófonos, estratégicamente situados por toda la población en bares, cafeterías, discotecas, tabernas, etc., para poder detectar, captar y registrar las veces y voces que pronuncian ¡Viva San Marcos!, el resultado sería altamente espectacular y pasmoso. Por mucha que fuera nuestra capacidad de asombro y estupor, esta se vería colmadamente rebasada al constatar y contabilizar las miles y miles de veces que se pronuncia el grito entrañable, el VIVA querido.

Porque decir ¡VIVA SAN MARCOS! es asociarlo a jolgorio, alegría, bullicio, euforia, empinamiento de codo, fraternización, unos días de asueto, el romper la rutinilla diaria, el vivir unos días y unas horas intensamente y gratas a más no poder. Y todo ello por “culpa” del Santo Evangelista; porque él es el soporte, la razón y el pretexto de esta Fiesta sin par.

Pero mucho Viva por aquí, por allá y por acullá. Viva y Viva y reviva San Marcos, pero ¿sabemos cómo era San Marcos?, ¿de dónde procedía?, ¿cómo vivía?, ¿cómo se comportaba?, ¿cuál era su carácter, su temperamento? En una palabra ¿conocemos algo de su personalidad, de sus vivencias, de su psicología, de su ser? Creo que, y salvo contadas excepciones, muy poco o de una manera vaga e inconsistente. Dicho sea esto como ilustración de lo que he de decir y sin que nadie se dé por ofendido. Intentaré, de entrada, informarles de una manera un tanto comprimida de su paso por este mundo, pues el hacerlo de forma más amplia se llevaría componer un abultado legajo, ya que su biografía es fascinante, sugestiva, atrayente y singular.

Era bullicioso e inquieto. Inconstante más no rebelde. Tremendamente indagador e inquisitivo. Distinto, activo, vital, multiplicativo y diverso. Un... como si dijéramos, un tío, “un colega” al que le gustaba la “movida”, al que le iba la “marcha”, como podríamos definir con un lenguaje actual. Vaya dicho todo ello con el consabido respeto.

Y he aquí un dato revelador de su ser. Muchos historiadores modernos identifican a San Marcos con aquel joven envuelto en una sábana que andaba detrás de la turbamulta de gente armada de palos y espadas que iba a prender a Jesús en el Huerto de Getsemaní. No es improbable, toda vez que el dicho famoso huerto pertenecía a su madre, si no en todo sí en parte, pues era de su familia.

Me hago una composición de lugar y recreo la escena de esta manera. Estaría durmiendo cuando lo despertó el estrepitoso vociferar de las turbas y se dijo: ¡Arriba Marcos!, que aquí pasa algo gordo y hay que enterarse. Y si además pudo oír alguna palabra o comentario referido al Huerto de los Olivos, razón de todo fundamento para que se alarmara al presuponer que podrían estropear o hurtar algo de las plantaciones de habas, cebollas, cardos, alcachofas, etc., y para prevenir cualesquiera mala contingencia no se entretuviera ni en vestirse. Y así nos lo encontramos de tal guisa. Y prosigo con su biografía de forma sucinta y comprimida.

De entrada he de aclararles que San Marcos no se llamaba así, sino Juan. Luego, y quizás para diferenciarlo de Juan el Bautista y Juan el Evangelista, le llaman Juan Marcos y , para mejor aún diferenciarlo, acaban llamándole Marcos solamente. Y en este nombre queda identificada su persona, prevaleciendo su nombre latino y queda descartado el nombre hebreo de Juan, tal y como así mismo le acontecería a San Pablo. Era zurdo, o por lo menos ambidextro. Era primo de Bernabé y originario de la isla de Chipre, levita de origen, aunque su lugar de nacimiento fue Jerusalén, y murió en Egipto, donde fundó la Iglesia de Alejandría. Los bolandistas dicen que fue martirizado en la aldea de Búcoli, en los alrededores de Alejandría, y tenía entre 65 y 70 años. Era hijo de una viuda rica llamada María, residente en Jerusalén y de estirpe sacerdotal, cuya familia era de la tribu de Leví, que tenía la misión de custodiar, asistir y guardar el Templo, y en su casa se reunía la primitiva Iglesia de Jerusalén. Una tradición

antigua nos atestigua que es en esta misma casa donde el Señor celebró la Última Cena, donde se instituyó la Eucaristía, y que el hombre que llevaba el cántaro era el propio Marcos.

Su actividad evangélica se inicia con Bernabé y con Pablo pero, misionando en Chipre y al zarpar de Pafos a Perge de Panfilia, Marcos se separa de ellos y, sin saber por qué, se vuelve a Jerusalén. Más tarde lo encontramos en Roma como secretario e intérprete griego de San Pedro, y, más tarde, como escritor de su Evangelio (el 2º de los cuatro) según nos lo presenta la tradición, dato este que se me confirmó en la emisión "Frontera" de Radio Nacional de España. Y su atributo más habitual era un león por comenzar siempre su evangelio con las palabras "Vox clamanti in deserto..." que él quería asimilar o asociar con el rugir del león,

así como para infundir más vigor a sus escritos. Y aquí queda plasmada en síntesis su mini biografía, pues el hacerla con la debida amplitud consumiría el doble de tiempo del que prudentemente he de tomarme para pronunciar este pregón. Conocemos, por tanto, un poco de la personalidad de Juan, el llamado Marcos; para nosotros, nuestro San Marcos.

¿Y el pueblo...? ¿Cómo era Beas por aquel entonces? Ya era Villa en el 1.238, había sido reconquistada a la morisma dos años antes y por consiguiente su fundación era mucho más antigua. Posteriormente, hacia 1.565, perteneció y se incluía en el Partido de Segura, en cuya villa residía el Gobernador de Beas. Beas y Chiclana formaban un vicariato, residiendo el Vicario aquí, en esta Villa de Beas, y como superior tenía al Prior del Convento de Uclés. También nos ilustran las viejas crónicas de que tenía muchas huertas donde su cultivaban árboles frutales, hortalizas, cañamares y linares; tenía fábricas de tejidos y curtidos; producía anís (el famoso aguardiente serrano), vino, cereales, lino, frutas y hortalizas; y criaba ganados. Y por estos ganados se hizo un voto a San Marcos "en años pasados y por grandes infortunios y plagas", según nos describió de forma documentadísima y magistral, en el Programa de Fiestas del San Marcos del año 1.976, mi muy admirado amigo, el profesor D. Antonio Yuste Moreno, Cronista oficial de la Villa. ¿Pudiere ser que por el precitado voto se iniciara el San Marcos, aunque de manera embrionaria? Puede que sí... Puede que no...

Pero antes de ese voto no tenían San Marcos los moradores de Beas y ¿podían vivir? Tenían, sí, tejidos, curtidos, linares, anís y vino... pero no tenían San Marcos. Y... ¿no se morían de pena y aflicción? Es cosa que yo no me explico. Con que somos nosotros, la generación actual, teniendo todo cuanto ellos tenían, item más: cine, radio, televisión en color, video, periódicos, afeitadora, coche, vacaciones, tapeo y copeo a diestro y siniestro; y las señoras, además, la superautomática, el lavavajillas, el lavasuelos (ese que se puede pasar y se puede pisar), la aspiradora, la olla a presión, el horno, el microondas, el cruzado mágico y las super compresas, esas que con el mínimo espesor absorben todo lo absorbible por muy crecida que venga la riada esa; y ese arroz

mágico que nunca se pega y no se pasa pase lo que pase; y estoy seguro y más que seguro que si de pronto nos quitaran el San Marcos, si de sopetón nos quitaran el San Marcos moriríamos de pena y de soledad, de sentimiento y aflicción, como esos pajarillos cantores que al ser privados de libertad por ser enjaulados, mueren de pesadumbre, sin tener enfermedad concreta a la que se pudiera achacar su defunción.

¡Oye amigo!. En la provincia de Málaga y partido judicial de Antequera hay un pueblecito muy chulo que se llama Cuevas de San Marcos. Pues sí, ya lo sabes.

Y otra de las facetas, quizás la más importante, la más impresionante y sugestiva de cuantas ponderan el San Marcos, es la alegría. Esa alegría abierta, franca, cordial y sincera que se detecta en las gentes. Esas ganas incontenibles e irrefrenables de gozar y pasarlo bien, de disfrutar a tope de cuanto da de sí San Marcos y su santa tabla. Un ejemplo fue en uno de los pasados San Marcos y cuando la música daba uno de sus cotidianos pasacalles por los barrios altos de la Villa, por allí donde las viviendas se arraciman y apretujan de manera inconcebible, en una urbanización anárquica pero seductoramente encantadora y pintoresca, la persiana que tapaba una de las ventanas de una modesta vivienda se enrolló para presenciar la algarabía y el paso de la banda. Era un muy respetable anciano, que con su cónyuge, gozosos y risueños y rezumando dicha por todo su ser, componían una estampa encantadora, divina y, sencillamente, feliz. A él le temblaba la mano que sostenía levantada la persiana

—¡Fíjate!, comenté con Felipe Flores Hornos que venía a mi lado. Fíjate en ese viejo, como le tiembla la mano por el peso de la persiana pero que no quiere perderse el espectáculo del pasacalle.

Me corrigió Felipe de manera irrefutable y acertada: —No sólo tiembla su mano por el peso y el paso de los años, yo añadiría que será más bien por la emoción que les embarga al ver pasar la comitiva acompañando a la música.

Hube de reconocer que sus razones eran más certeras y poderosas que las mías y prosiguió el cortejo entre el regocijo del vecindario, la bullanga y la alegría general. Pues que hay espectáculos que no por mucho mirarlos sólo acaban viéndose por los ojos del alma. La chiquillería que alborota y lo pasa pipa, enredada y perseguida por los cabezudos; gentes que detienen a la música al pasar por su puerta y le hacen convite y agasajo en una demostración de gratitud, de alegría y regocijo; de manera tan espontánea como risueña y encantadora. Los músicos reciben con agrado estos auxilios, no espirituales precisamente, que les hacen soplar las notas con redoblado vigor y talante super campechano. ES LA ALEGRÍA, LA ALEGRÍA SANMARQUERIL.

¡Oiga amigo! ¿Sabía que en un pueblecito de Galicia, que se llama Oleiros, hay una central térmica que llaman de San Marcos? ... Pues que sí.

Las múltiples y artísticas iluminaciones nocturnas ponen una nota singular, risueña, feliz y sensitiva en el alma de todos y se centuplica el consumo de kilowatios Estallan jubilosos, rotundos y vívidos los cohetes, las carcasas y los morteretes, dejando una rúbrica fugaz, luminosa y multicolor en el cielo estrellado. Un cielo que cobija, placentero y paternal, a la multitud feliz, dichosa y agradecida de poder deleitarse con estas vivencias y estos momentos de inefable dicha. Es el Castillo de los Fuegos Artificiales. Es el Castillo de nuestras ilusiones, de nuestros deseos, de nuestras fantasías; sobre todo cuando concluye con la “última rueda” y aparece la efigie del Santo Evangelista iluminada por las bengalas de sencillos colores pero de gran efecto cromático y emotivo. El estampido seco y horrisono de la bomba final de la traca rubrica el punto ultimo de la sesión de noche. La primera noche de ensoñativo y delirante goce.

¡Oiga Amigo!: ¿Sabía que en la populosa e industrial ciudad de Getafe, al sur de Madrid, hay un polígono industrial que se llama de San Marcos?... Pues que sí.

Un perfume específico, singular e inconfundible envuelve e impregna estos días a este pueblo. En el ambiente flota ese identificable aroma, tan excitante como apetitoso, de las chuletas, los chorizos y las morcillas asadas y del queso manchego cortado en geométricas porciones que turba la vista y el olfato. También huele a aglomeración humana; pero no de una humanidad sudorosa y pestilente, no, sino de una muchedumbre que transpira dicha risueña, felicidad gozosa, comunicativa y chispeante alegría. Alegría, sí. Esa alegría que se palpa, que te envuelve, que te sientes inmerso en ella, pero que es indescriptible e inenarrable porque es una alegría desbordante, impetuosa, congestiva, comunicativa y vital. Y, por supuesto, huele a churros con chocolate o con aguardiente; también huele a vino, al vino del copeo fraterno de las Peñas o de los bares, ese del abrazo entrañable con el familiar querido o el del reencuentro fraterno con el amigo más estimado. En dos palabras: ¡Huele a San Marcos, huele a Beas!

Tintineo gozoso de los collares de las reses con sus aparejos primorosos, confeccionados por delicadas manos femeninas, donde rutilan los espejuelos que a veces te deslumbran con su hechizo inimitable. Un soguero que arrastra, pues la pujanza de la res ha superado al esfuerzo del denodado sanmarquero. Polvo de estrellas que desde la plenitud de la nada se desprende del espacio insondable e infinito para venir a posarse sobre las sienas de los que ya peinan canas plateándolas de escarcha celeste y sideral. Ahí están el “Conejo”, Sebastián “Pedroyo” y tantos y tantos más, con tantos y tantos años a cuestas, que aún mantienen el espíritu tenso, vivaz y receptivo para captar, deleitarse y gozar, como los demás, de las variadas, sabrosas y múltiples vivencias que San Marcos nos depara. Mi admiración y simpatía a ellos.

Y se le pega sin misericordia al “fino” y también, pero no tanto, a los caldos manchegos. ¡ Ay de aquellos remotos tiempos sanmarqueriles cuando un vaso de reconfortante cuerva valía 5 céntimos de peseta, o sea, una “perra chica”!. Y se le sigue atizando al fino. Sí, que una botella de este, con setenta y tantos centilitros cúbicos, cuesta brincando el listón de las quinientas y pico de pelás; pero..., es que no vale ya un kilo de aceituna, y no de verdeo, doce duros largos. Pues a quebrarle el ojo al diablo —¡qué leñe!— que la vida es un soplo y hay que sacarle todo su jugo y sustancia; que estos días, con sus horas todas, son de dicha divina, de momentos de intasable valor y, por tanto, de copeo y empinamiento de codo a chorro y chorro, de soltarse un tanto el pelo de la monotonía y la rutinilla cotidiana. Y al que no sabe o no los quiere aprovechar, que son poquísimos, que se le puede desear sino que: ¡ mal provecho le haga!

Sobre el fondo aterciopelado de la noche cuajada de estrellas, o nublada y derramando gozosas lágrimas de lluvia vivificante y bienhechora para la oliva, se abren, se despliegan las doce varillas del invisible abanico de la media noche. ¡Ha sonado la hora mágica! Pero no es la hora de las brujas, ni de las consejas, ni la de los aparecidos, no. ¡Otrora es esta hora!

Emergiendo de la noche una riada inmensa, incontenible e impetuosa se precipita sobre el cauce del río. Pero no es arrolladora y turbulenta, ni luctuosa, ni trágica, ni con vivencias y consecuencias pavorosas y dañinas, no; sino una riada de gente risueña y jovial, con alegre talante y encantadora disposición, que se encamina gozosa y feliz hacia el recinto de la verbena. Otro goce incomparable de estas Fiestas de Primavera que hay que saber valorar en su más cabal dimensión. Porque hay que mover un tanto el esqueleto, tanto jóvenes como menos jóvenes, que es cosa sana y saludable; hay que seguir empinando el codo, que siendo con tino y moderación y evacuando con profusión, tampoco es cosa que tenga ni pizca de desperdicio, —digo yo—, pues hay que gozar de estas horas y de estos momentos divinos y de invalorable tasación. Memo y zoquete será el que no quiera degustar tanto estas vivencias como las demás que tan colmadamente nos ofrece San Marcos.

En cierta ocasión dije que hay que ver lo que se fuma, se come, se bebe, se vive y no se duerme en San Marcos; y podríamos cumplidamente agregar en un lenguaje desgarrado y castizo, dicho en términos nada correctos pero brutalmente definitorios: ¡y lo que se mea en San Marcos! Los espíritus observadores y atentos hasta los más nimios y múltiples detalles sanmarqueros podrían llenar páginas y más páginas de pintorescas, variadas y sabrosas connotaciones. Yo, por mi parte —y no seré el más alicorto— he podido constatar cuanto y cuanto se evacua por el meato o “caño urinario” durante el día y, sobre todo, en estas noches verbeneras.

¡Oiga amigo!, que yo he visto ante los servicios como la cola de las hembras era más larga, constante y regular que la de los machos; y su explicación tiene —o por lo menos yo así lo veo— y es que ellas no están continuadas en el empinar el codo, que las féminas lo hacen un poco más

colmadamente en estos días por acompañar a sus hombres y compartir con ellos estas alegres y festivas jornadas; que no lo hacen por vicio, —¡No!—, sino por nutrirse el personal de toda índole y condición y participar de forma integrante y solidaria con la multitud festiva, bulliciosa y risueña que se lanza a la calle para saborear estas inigualables jornadas que no tienen comparanza, y que más bien se puede considerar así como una especie de ofrenda cariñosa y de devoción, dubitativamente entendida, hacia el Santo, pues me consta que hasta

han compuesto una especie de oración muy particular y que ellas “rezan” así:

¡Oh! San Marcos bendito
porque tu lo creas...
en tu honor bebo un poquito
¡porque soy de Beas!

¿A que sí, reinas? Como pueden comprobar, y por derecho propio, ha irrumpido en escena la mujer. La mujer que con su palmito, su presencia y su belleza, si no eclipsa al toro, al menos, y en variadas ocasiones, lo deja un tanto relegado a segundo plano. Yo no sé cómo cantarlas. Se me turba el entendimiento y se me aturullan y confunden las ideas cuando miro, y admiro, a todas y cada una de las “EVAS” que, para gozo y recreo de todos, ponen la nota maravillosa y arrobadora de su presencia en nuestras fiestas; no sé determinar cuál es la motivación más excelsa con que pudieren cantarse sus gracias y excelencias. De esta su risa contagiosa, de aquesta su simpatía arrolladora, de aquella su cimbreante escultura, de osotra su pelo maravilloso, o su chispeante salero, su gracejo desbordante, sus ebúrneas y mareantes formas, o sus ojos como profundos ojos de misterio, o sus andares de gacela, o un jamón de pata negra. ¡Perdón, perdón! Digo: sus labios jugosos y tentadores, su pimpante contoneo... o su sencillez que cautiva. Cuantas maravillas en aisladas individualidades.

De pronto pasa, postinera y gentil, una Eva de impresionante porte, de primerísima magnitud, de unos dieciocho o veinte años. ¡Qué empaque! ¡Qué salero! Qué garbo y qué contoneo excitante, procaz y turbador, el de aquel cuerpo lleno de pujanza, de ángel, de hermosura y radiante de salud y de alegría. Había que mirar y admirar, que ver y gozar de aquella gallardía, de aquel talante y de la insoñable vivacidad en imagen de aquella hembra de sueño. Traía, además, ceñida a las caderas la clásica pañoleta sanmarquera que hacía resaltar, en sus andares rítmicos y acompasados, su bravía escultura, su donaire y la gentileza inefable, imperecedera, embriagadora e incitante de esta hembra de gloria... ¡Gloria sanmarquera! Al caminar, sus torneadas y sublimes formas se bamboleaban excitantes y turbadoras bajo la leve blusa, adivinándose pugnaces, agresivas, pujantes, rotundas y apetitosas como dos manzanas prohibidas, y sin proponérselo parecía ir pregonando a todos los vientos su sensual, restallante y superlativa vitalidad. Traía el semblante risueño, más item

que iba dejando tras sí una estela de perfume penetrante y turbador. ¡!!Mammamia!!!

Y qué polvo... más cegador y asqueroso levantan las reses cuando ponen pezuña en tierra al ser desembarcadas del camión que las trajo de la dehesa. Pero todo se soporta, todo se conlleva con alegría e ilusión mientras se espera con impaciencia y expectación la salida de la primera res. Que sale o no sale, porque se la ve remolona y remisa, como extrañada del cambio de ambiente y descentrada por el estrecho confinamiento del cajón que la transportó, lo que aumenta la inquietud y la avidez de la multitud, ansiosa por ver que “pinta” tiene el primer bicho de la tarde. ¡Y sale, por fin, como un huracán!, con la clásica traza de su trapío pleno de fuerza, de vigor, de belleza y de bravura. ¡Qué hermosa estampa, señores!! Va barriendo las barreras y la barbacana del río, desperdigando a la profusión de mozos que las ocupan, y en un santiamén queda la explanada despejada y desierta como la superficie lunar. Primeras carreras de acercamiento de los mozos, exploratorias, para hacerle el quite a la res y primeros muletazos de tanteo de los maletillas. ¡La gloria y la salsa sanmarquera se inician en este preciso y precioso instante!!

¡Oiga amigo! ¿sabía que el físico e inventor italiano Guillermo Marconi, el que inventó la telegrafía sin hilos, o sea la actual radio, nació un día de San Marcos? Pues sí, y fue el del año 1.874. Y también te informo de que los estudios de la Televisión de Galicia están ubicados en un paraje que denominan el Egido de San Marcos.

Y también te digo que si en estos días copeas un poco más de lo que tu cuerpo aguanta, y los vapores del alcohol te turban un poco la mollera, no te excites ni te sobrepases promoviendo una trifulca sobre cualquier triquiñuela de nada; recuerda que estamos en San Marcos y, pensando este adagio que te voy a decir, aplaca tu ira y modera tus impulsos: “Que la espina dolorosa no empañe, ni mengue, la belleza de la rosa”.

— ¡Teresa!! ¿Qué hacéis asomada ahí?

— ¡Oh , mi Señor!! Perdonadme y excusad mi imprudencia. Sé que no es preceptivo... es que.... estaba mirando a mis amigos de Beas de Segura. Hace tantísimo tiempo que no los veía... y... y son tan dichosos y felices en estos días... lo están pasando tan requetebién, que no he podido resistir la tentación de...

— Bien, bien. Anda, anda hacia las cocinas que creo que te necesitan para no sé qué de los pucheros... ¡Ésta Teresa!! Bueno, pues habrá que obsequiarles con algo por mi parte también.

Y entonces en el horizonte, con las olivas despidiendo irisaciones plateadas y las Piedras de Natao con refulgentes destellos por la recientísima lluvia, apareció el incopiable y colosal puente del Arco Iris en una eclosión de magnificante y glorioso colorido y hermosura...¡!! Qué indescriptible

maravilla!!! Era el año 89. Desde que yo recuerde —y son ya muchos los años que tengo en mi talego— no había visto nunca en el día de San Marcos este fenómeno, el más hermoso de los meteoros luminosos. Se me acercó Felipe Flores —¡Hombre! Es la constante invariable; siempre he de estar al lado de Felipe en las vivencias más álgidas y en los más significados momentos de la fiesta— y me dijo:

—¿Te das cuenta, Tomás, qué maravilla?

Apenas puede balbucear unas palabras entrecortadas y difusas de aprobación, embargado por la emoción y extasiado con la contemplación del incomparable e inusitado espectáculo que la naturaleza nos brindaba. Y es que San Marcos es así; a veces, como en esta ocasión, se supera a sí mismo en magnificencia y esplendor.

¡Oiga amigo!, ¿sabía que en la catedral de Manresa hay tallado un retablo dedicado a San Marcos, obra de Ramón Destorrens? Pues que sí. Pero lo que sí sabrá de seguro es que la efigie actual de nuestro San Marcos, que en su día sacamos en procesión, la donó José Monedero Mira en el año 1.945.

Oídme amigos, aguantad otro poquito, porque yo quisiera deciros muchas cosas. Yo quisiera transmitir os una porción de conceptos que están vívidos e inquietos dentro de mi ser, que están pugnando por emerger al exterior y mostrarse en su más específico contenido y en su más amplia dimensión. Yo quisiera deciros que si a la facultad de captar, reunir, asimilar y aprovechar las ideas se le llama inteligencia; que si, como expresan los Sagrados Textos, el Supremo Hacedor adornó al hombre, para diferenciarlo de los seres irracionales, con esas tres potencias del alma que son Memoria, Entendimiento y Voluntad en su cerebro, con sus intrincados y laberínticos circuitos nerviosos y su espeluznante velocidad de reflexión... Yo quisiera deciros que por los cauces del entendimiento y los canales del conocimiento, llegarais a la conclusión de aunar, aglutinar todos esos poderes, todas esas facultades de la mente y del espíritu para resolver una incógnita, para aceptar un reto y vencerlo, para enfrentarse a una dificultad y superarla.

Yo podría decir que si nos dieran a elegir tres letras, sólo tres letras de nuestro alfabeto, para componer con ellas una palabra excelsa y superior, pero una palabra que a la vez estuviera llena de honda significación y hermoso contenido, esta podría ser la palabra PAZ. Así de simple, así de sencillo y así de concluyente.

Porque la paz es compendio de toda dicha, de toda ventura, de todo bienestar, de sano equilibrio, de limpio sosiego y de completa dignidad. Paz en las mentes, paz en las conciencias, paz en los corazones; paz que puede iniciarse en el individuo, o sea consigo mismo, y pasar por el matrimonio, la familia, el municipio, etc., para llegar al más alto tramo de esta escala social y venir a desembocar en la paz mundial.

Porque sin paz no hay estabilidad, no hay confianza, no hay continuidad, no hay confiabilidad en la planificación de la producción, escasea aún más porque no se producen los suficientes puestos de trabajo y la amenaza de un porvenir incierto atenaza el ánimo del hombre. Sin paz no hay trueque de ideas, ni de mercaderías, ni de pensamientos, ni de filosofías; todo se reduce, todo se constriñe.

Porque paz es sosiego, paz es confraternización y comunicabilidad, paz es esperanza, paz es amor; pero.... ¿qué se ha hecho de la paz?

Fijaos que he dicho ¿qué se ha hecho de la paz?, no ¿qué hemos hecho de la paz?; porque nosotros no nos consideramos copartícipes de este tremendo error, de este inconmesurable desatino.

¿Qué se ha hecho de la paz?, insisto en preguntar. Tendamos la vista en nuestro alrededor. El panorama mundial no puede ser más deprimente y desconsolador: guerras por doquier, secuestros de aviones, de barcos, de personas; atentados y asesinatos; y hasta el deporte ha llegado la violencia y el horror. Hay que recordar el atentado de las Olimpiadas de Munich, o el más reciente del Estadio Heysel de Bruselas, con sus tristes y trágicos balances de muertos y heridos, y la secuela de inquietud, de no sentirse ya seguro en parte alguna, pues el delirio y la violencia se aposentán hasta en las canchas y en los estadios.

¡Que la paz sea con vosotros! ¡Mi paz os dejo, mi paz os doy! Así se manifestaba el más demócrata, más recto y más justo de los hombres; me estoy refiriendo al hijo de José "el Carpintero".

¡Amáos los unos a los otros! Insistía machaconamente una y otra vez en un ansia infinita, en un acuciante deseo, en un angustioso llamamiento a la concordia, a la fraternidad, al entendimiento y la convivencia entre los humanos. Pero, ¿qué caso se le hizo? Ahí están, para desdicha nuestra, los resultados; desde entonces no ha habido siglo sin que la sangre de los humanos dejara de regar los campos en toda la faz de la tierra. Y menos mal que con esto de la Perestroika y su respuesta receptiva y esperanzada de los países occidentales, parece que se abre un... el tan ansiado paréntesis de esperanza y reflexión para que se opte por el camino del abrazo y la concordia y no el de la réplica contundente y aniquiladora. Si se secundan los buenos propósitos iniciales por ambos bloques es posible que la paloma de la paz traiga esta vez, y de verdad, en el pico el tan deseado ramo de olivo, juncal, verde y lozano como el color de la esperanza, verde que te quiero verde, como el color de la bandera de esta mi entrañable Andalucía, que alguien ha calificado como un pueblo tan lindamente grande. Porque hasta aquí la humanidad toda ha vivido cohibida, desazonada y amedrentada, asistiendo como espectadora impotente al pulso equilibrado e inacabable de los dos colosos. ¡Abrazaos por fin y de una vez por todas y disipad la angustia y el temor de la Humanidad entera!. Esta humanidad que está viviendo mal, y durmiendo peor, ante la constante amenaza de una guerra nuclear o intergaláctica que supondría la aniquilación y

la muerte de este nuestro hermoso Planeta Azul y la consiguiente desaparición de todo signo de vida orgánica del mismo.

Pero cuando estas líneas escribo, los medios de comunicación audiovisuales nos informan de una novísima manifestación de violencia y de terror: el envío a determinadas personas de cartas y paquetes-bomba postales, con el más diabólico, refinado, sutil e insospechado fin de atentar contra la vida de nuestros semejantes. Y se ha tenido que recurrir a ese hermoso, afectivo y maravilloso medio de comunicación y de progreso que es el Servicio Postal, como instrumento para derramar sangre una vez más. Y ante tal panorama qué podré yo decir; que comentario puede objetar el más anodino e insignificante de los ciudadanos sino que la paz se nos vislumbra cada vez más ausente y alejada.

Más étenos aquí que un pueblo amorosamente acunado, coquetonamente escondido en un repliegue de las últimas estribaciones de la Sierra de Segura, está dando al mundo ejemplo de lo que es, de lo que debe ser la paz, en la unidad, en la convivencia y en la fraternidad. Y este pueblo es Beas de Segura, que está dando este ejemplo para honra y galardón nuestro y para escarnio y afrenta del mundo. Porque la paz, juntamente con la salud, son los tesoros más excelsos e imponderables de que puede gozar el ser humano y, sin embargo, cuán poco los valoramos. Únicamente cuando se pierden es cuando nos percatamos de su inmensa valía, de su indisputable e inconmensurable precio. Porque nosotros estimamos que no se puede hacer de la paz una palabra huera y sin sentido, que no se puede formar en los estadios una paloma gigantesca, conformada por una multitud de seres humanos, que resulta muy espectacular y llamativa y luego nada o casi nada. Aquí, en los pueblos, si que concebimos que la paz es comunicabilidad y entendimiento, que es concordia y sensatez. Es sosiego, es Esperanza. La Paz es amor. Aquí estamos, mundo, los serreños, los villanos; sí, los villanos, pero no en su acepción peyorativa, sino los villanos de la MUY NOBLE E MUY LEAL VILLA DE VEAS. Aquí nos tenéis, Mundo. Aquí no tenéis, sí. Pero viviendo, conviviendo y compartiendo con respeto a las ideas, a las creencias, a las diversas filosofías y a los respectivos, y a veces encontrados, puntos de vista. Sí, así somos, Mundo. Y aquí nos encontraréis así, entre cánticos, vivas, música y júbilo desbordante, pero en concordia y armonía, en paz y con alegría. Aquí nos tenéis, sí. Como norma y sendero a seguir, como limpio espejo adonde os podáis mirar.

¡A la paz de Dios!. Se decía no ha mucho como saludo al llegar a una morada, o cuando se llegaba a deshora a un cortijo, a una majada, etc., y nos inquirían sus moradores, con la natural prevención y recelo, quien era el que llegaba; invariablemente se contestaba: Gente de paz. Y cuando fenece alguien querido, también lo despedimos con estas tres palabras “En paz descansa”, palabras estremecedoras e inquietantes pero que nos dejan sosiego y entereza de ánimo para afrontar lo irremediable.

¡Oye amigo! ¿Te has dado cuenta... será casualidad? ¡Mira que es casualidad,

que hermosa casualidad, que la patrona de este pueblo es LA VIRGEN DE LA PAZ!

Se quema una noche más y comienza a amanecer. Sobre la difusa luz del alba se recortan los perfiles imponentes y vigilantes de las Piedras de Natao, como gigantescos centinelas protectores parecen salvaguardar la paz y la alegría, el regocijo y el bullicio general que inunda el valle. A la derecha se adensan las sombras y su tétrica lobreguez en el Arroyo de Valparaíso, que parece como avergonzado y culpable, contrito y humillado por la tragedia que en su día sembró el luto, el dolor y la aflicción en la Villa. Bellísimo tu nombre, pero tus vivencias fueron pavorosas, luctuosas y trágicas.... Pero el jolgorio y el bullicio dejan atrás estos penosos recuerdos y se apuran los últimos momentos de la verbena. El personal, predominantemente joven, se retira... ¿a descansar? ¡Quiá! En busca de buñuelos con chocolate y su correspondiente copa de aguardiente, que tan bien caen a estas alturas y tanto agradece el cuerpo.

Y la fiesta sigue... ¿Y,... digo yo? ¿Cuándo sosiega esta gente? ¿Cuándo duerme? ¿De qué acero están hechos los habitantes de aquí, que en estos días no hay rayo que los divida, ni aflicción que los doblegue? ¡Ah, ya caigo! Del mismo acero que tenían las hoces de Cantero. ¿Qué no? ¡Que sí, hombre, que sí! Que no es falsa lisonja por lo coyuntural del momento, ni pelotilleo de la más ruin condición. Eso no me va, sino que es el simple y leal reconocimiento de una labor artesanal que, para bien y buena fama de este pueblo, se difundía por todo el ámbito agrario de muchas leguas a la redonda proclamando las bondades de esta herramienta agrícola y que dieron cumplida fama a esta Villa, pues donde no se conocía Beas por su San Marcos, sí lo era por sus hoces de segar.

Y ello es para enorgullecernos a todos. Como también lo es ese aceite untuoso y riquísimo, con denominación de origen "Sierra de Segura", que aquí se cosecha y es ampliamente famoso en todo el ámbito europeo; y esas ardillas inquietas y bulliciosas que saltan aéreas y gráciles del pino salgareño al pino doncel y que tienen su hábitat en este término municipal; y esa imponderable gracia y merced que D^a Juana "La Loca", madre del rey Carlos V, otorgó a esta Villa concediéndole el privilegio de mercado franco los jueves de cada semana, según hay hecha constancia en las Relaciones Topográficas de Felipe II; y ese convento de clausura que fundara en esta villa una santa carmelitana, proclamada Doctora de la Iglesia, título que no se ha otorgado a ninguna otra mujer, y también reconocida por la Real Academia de la lengua al inscribir su nombre en el Catálogo de Autoridades de la Lengua; y La Ventilla, la entrañable Ventilla enclavada en el punto coincidente por donde pasa el Camino Real que recorrieron los trajinantes y viajeros que venían de los reinos de Valencia y Cataluña, con el otro Camino Real de los que iban a Andalucía y Granada; y la carbonilla de Beas, ese humilde hueso de la aceituna que convenientemente tratado y hecho cisco alcanza la cota del más alto grado calórico comparado, según dictaminó en su día el Instituto de la Grasa de

Sevilla; y el río Beas, que tiene la singular característica, chocante y única en el mundo de nacer, discurrir y morir dentro de este término municipal, y que en estos días incomparables se viste de gala y aporta su grano de arena dejándose represar un poco para que, en el espejo de su remanso, se acerquen los toritos sanmarqueros, bravucones y bonitos, a contemplarse en su preciosa lámina y fogoso trapío; y por estar arraigada en éste término la oliva más grande del mundo; y por tener la acera más estrecha del mundo.

¡Que sí, hombre, que sí! Que todas estas singularidades son como menudas pero rutilantes y preciosas piedrecitas que se engastan y dan clase y señorío, lustre y fulgor a esa corona de mini maravillas que encimera orgullosa el Blason de Armas de esta MUY NOBLE E MUY LEAL VILLA DE VEAS.

Como enjambre de moscas que cayera sobre un panal de rica miel, una buena porción de feriantes converge todos los años por estas fechas a la olisma del rico negocio sanmarquero. Las atracciones festeras que casi rebasan a las que tradicionalmente vienen para las Fiestas de Septiembre —cuarenta y nueve contabilicé el año pasado— son otro detalle indicador que a todos ha de llenarnos de orgullo por el auge que van alcanzando cada año estas fiestas sin parangón. Se oye incesantemente el traqueteo de las diversas atracciones feriales, el chasquido seco y el sonido después, a lata vieja, de las carabinas de aire en las casetas de tiro; el griterío estrepitoso, alegre y feliz, de la chiquillería al columpiarse en las norias, en el escalextrix o en el colchón de aire del castillo hinchable del Príncipe Azul; globos, juguetes, churros y helados que siempre manchan, berenjenas que churretean, pelotas de las que botan, pitos y... flautas. ¡Bendita ilusión, la ilusión infantil y sanmarquera!

¡Atención sociólogos, psicólogos, educadores, historiadores! ¡Ojo! Pues nos encontramos ante un fenómeno socio-convivencial-competitivo de indeterminables alcances y de muy positivas derivaciones. ¿Y qué es lo que engendra el germen de nuestro entusiasmo, el poder de nuestra mente y la pujanza de nuestro corazón? El asumir cada uno la parte de responsabilidad que el mismo nos plantea para que estas inigualables Fiestas de Primavera sean lo que son. Y esto hay que saber valorarlo en su más cabal dimensión, porque...

Oiga amigo, que son muchas las maneras que hay de despellejar a un gato; y si unos lo hacen a piel abierta y otros a piel cerrada, no por ello no ha de quedar el pobre animalejo lindamente desollado. Me explico: quiere decirse que cada uno se divierte como quiere, como sabe o como puede, esto último en consonancia con las "gordas" que contengan sus bochacas. En fin, que el personal se divierte y goza en estos días lo que se dice "a tope" y que todos, chicos y grandes, jóvenes y menos jóvenes, lo pasamos lo que se dice de rechupete y... ¡aquí paz y después San Marcos!, que es casi... casi tanto como decir: ¡Aquí paz y después gloria! Porque hasta en la titularidad de las Peñas se detecta ese "algo" tan intrínseco e indefinible que nos las conforma risueñas, alegres, encantadoras, joviales, determinantes y definitivas; peñas como "La Pajarraca", "Los Cantamañanas", "Los Cazachorizos", "Los de la Esquina"

o “los de la Pava”, y tantas y tantas otras cuya relación se haría extensísima. Pero todas ellas con el común denominador de llevar la impronta de la jovialidad, del desenfado, del sano humor, de la jocunda, placentera y desbordante alegría.

¿Y la Diana? ¿Y la procesión del Santo en esa engalanada carreta que parece un sueño? ¿Y los emigrantes? ¿Y lo de “ponerle los cuernos” al personal y su correspondiente trago de aguardiente si se sometía dócilmente al ceremonial? ¿Y las portaleras y sus regocijantes lances plenos de picardía y aprovechamiento? ¿Y la sanmarquera que se le murió el bebé y lo ocultó en el fondo del arca hasta que concluyó la fiesta? ¿Y... y si yo me atreviera algún día a escribir un libro sobre todo ello?

Y todo ello, con ser hermoso, muy hermoso, tremendamente hermoso, es, por demás, sencillamente invaluable. Porque esto es nuestro y muy nuestro, porque no se lo hemos pedido a nadie, porque tampoco nos lo ha prestado nadie y porque no se lo hemos robado a nadie, sino que lo hemos ido componiendo poquito a poco, a través de los siglos, de generación en generación; poquito a poco, como el pajarillo campero hace su nido: poquito a poquito, pajita a pajita, con primor, con mimo y con amor. Y, ¡ay! de aquel que insensatamente quisiera o pretendiera arrebatar nos este nuestro tesoro, pues estoy seguro de que todos a una lo defenderíamos con uñas y dientes, y, si nos viéramos empujados a ello, seríamos capaces hasta de rebanarle la nuez a aquel que se opusiera a nuestro ya histórico destino. Pues es aquí, en esta Villa, donde se profesa una más encendida y acendrada devoción a San Marcos en estas sus incomparables Fiestas de Primavera. Sí, que estas parecen teñidas de un cierto aire de profano divertimento, pero ello no amengua ni destiñe su indisputable color devocional. Y es también en otros muchos sitios donde se le da culto y devoción al Evangelista de diversas formas. Empezando por la ciudad de Venecia, donde la tradición afirma que unos mercaderes venecianos se apoderaron de su cuerpo en Alejandría y el año 825 fueron trasladadas las que se suponían sus reliquias a Venecia, cuya República lo adoptó como celestial patrono y erigió en su honor la maravillosa Basílica de San Marcos y tomando el símbolo del Evangelista —el toro alado con el libro del Evangelio— como su escudo, que esculpió en todos sus monumentos y posesiones, e instituyó la Orden de Caballería de San Marcos, que tenía al Dux de Venecia como Gran Maestre.

Y aquí en España también. En la ciudad de León se erigió el grandioso convento santiaguista dedicado a San Marcos, en cuyos sótanos estuvo preso el ilustre prócer de las letras hispánicas, mi señor don Francisco de Quevedo y Villegas; en la ciudad de Palencia, en el Sotillo de los Canónigos, junto al río, se celebra el día de San Marcos con succulentas merendolas y bailongos que duran hasta el anochecer; en Albaladejo (Ciudad Real) uno de los dos días de fiesta local lo reservan para San Marcos y el personal se marcha al campo de comilonas y beborreo a troche y moche hasta que anochece; y, como punto final,

en Santa Cruz de Mudela, provincia de Ciudad Real, se celebra San Marcos con una gran romería al Santuario de las Virtudes, en cuya plaza de toros cuadrada – única en el mundo– se celebra, si el tiempo no lo impide, un sensacional festejo taurino en honor del Santo Evangelista.

Según se podrá apreciar, son variados los sitios donde se le da culto y fervor a San Marcos de muy diversas maneras, pero como aquí en Beas... como aquí en Beas... en ningún sitio. Y que nadie pretenda, tampoco, arrebatarnos esta supremacía, pues ya sabe a lo que se expone...

Día 25. Se diluye lentamente el día, llega la tarde y agoniza la fiesta. Ya roto el maleficio en la tarde de este memorable día, el Sol parece que tarda un punto más de lo ordinario en ponerse, como embelesado, como extasiado por contemplar tanta dicha y tanta ventura, hundiéndose por fin, lenta y suavemente, en la línea del horizonte con imponente y soberana majestad. Y concluye la fiesta. ¡No!, mejor dicho: ha terminado una edición más de San Marcos. Porque la fiesta no termina, es perenne, es permanente; porque desde mañana se empieza a pensar en el soguero nuevo y a trazar nuevos objetivos y proyectos, a planificar el San Marcos venidero por parte de la Directiva y de a quien corresponda. ¡Gracias a todos ellos! A estos hombres y a los que les precedieron; hombres aguerridos e infatigables que saben dar lo mejor de su ser, que tienen que quemar los mejores días de su vida y las más plácidas horas de su existencia para regir, encauzar y canalizar este maremagno organizativo para que estos festejos tengan y mantengan el rango y la categoría que ya por derecho propio les pertenecen; para estos hombres con talante pujante, innovador, activo, sacrificado, multiplicador y diverso, mi más encendido reconocimiento y nuestro más sincero aplauso.

Los demás a esperar. A esperar durante 360 días y, lo que es peor, otras 360 noches. Pero no hay que entristecerse, que detrás del duro invierno llega la radiante primavera. ¡Quebrems el ojo al diablo!

¡Oiga amigo! ¿Sabía que se elaboran unos deliciosos pastelillos, llamados de San Marcos? Pues que sí, y los venden en la Pastelería “Unibón”, sita en la calle Santa María de la Cabeza, 32, de Madrid . Pedí la receta, pero no me la quisieron facilitar; pero eso sí, me tomé el desquite pues, pese a mi preocupante nivel de azúcar en la sangre, me di un atracón a modo. ¡Qué riquísimos que estaban!! Y también, ¡oiga que tampoco se le olvide!, que hay una firma comercial que fabrica helados – la “Somosierra” para más señas– que vende, entre otras varias, una tarta helada que acertadamente denomina “Tarta de San Marcos” y que es pura delicia. Y ello quiere decir, como antes apunté, que San Marcos no termina totalmente, que no es sólo en estos felicísimos días, sino que durante todos los días del año nos sigue endulzando la vida con estos regalos del paladar.

Y termino, que en demasía abusé de su bondad y paciencia. Nunca más que ahora deploro que el compadre Salomón o la diosa Minerva no fueran aún más magnánimos, que lo fueron, al derramar sus dádivas sobre mi humilde persona, pues que hay frases acertadas y floridas que al acuñarse merecieron quedar registradas para la eternidad; frases que en su mínima brevedad compendian y sintetizan, de una manera comprimida, un concepto, una idea o una definición más amplia y sustancial de cualquier cosa o suceso: el “Vini, vidi, vinci” que dijera el gran soldado, el “sin embargo... se mueve” del astrónomo, “decíamos ayer” del clérigo y profesor, “ni quito ni pongo rey” del mercenario, “pienso, luego existo” del filosofo, “el Estado soy yo” del déspota soberano, “lo que natura no da, Salamanca no presta” del gran don Miguel, “llora como mujer...” de la hispida y cicutosa suegra, o “estos son mis poderes” del cardenal-gobernador.

Yo también, y como remate un tanto decoroso a esta mi trabajosa disertación, he querido componer una frase florida y excelsa para poner el broche final a mi pregón, pero creo que ha resultado una verdadera chapuza y que el acierto no ha acompañado a mis buenos propósitos. De todas formas, y pese a pecar de pedante, yo se la endilgo a ustedes por si hallaren en su contenido algo sustancial y aprovechable. La frase final es esta:

“LAS FIESTAS DE SAN MARCOS SON UN PEDAZO DE CIELO QUE UN DIA SE DESPRENDIÓ DEL INFINITO PARA VENIR A POSARSE SOBRE BEAS PERFUMÁNDOLO PERMANENTEMENTE”

.....